

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—TEATRO PRINCIPAL, por D. Francisco Flores Arenas.—EL ALBUM DE MR. C. HERMANN, por Doña Felicitas Asin de Carrillo.—LA FLOR DE LA SOLEDAD, por D. Julió Rosas.—LA HIJA DEL MAR, cuento, por D. E. Llofrü y Sagra.—GEROGLÍFICO.

TEATRO PRINCIPAL.

El Movimiento continuo.—*La Luna de hiel.*

Una compañía dramática podrá ser, cuando mas, responsable de su propio trabajo; pero no fuera justo que se la hiciese responder del mérito literario de las obras que ejecuta, toda vez que lo nuevo que se escribe no sea bueno, ó toda vez que lo bueno le esté vedado por especiales circunstancias.

Esto es lo que aquí ha sucedido hasta ahora. El Sr. Capo, actor de talento y de buen gusto, no puede sin embargo poner en escena ninguna de las producciones que tiene para sí guardadas el Sr. Romea: desea, como es razon, presentar novedades: no es culpa suya si en lo que le dejan no encuentra obras maestras ni mucho menos: da lo que hay, y nada mas puede exigírsele como director.

Decimos esto con ocasion de las dos comedias cuyos títulos van por epígrafe de este artículo. Ambas eran desconocidas aquí, y de ambas nos proponemos decir alguna cosa.

El Movimiento continuo creemos que es tambien del Sr. Escriche, y en efecto tiene en lo bueno y en lo malo relaciones de parentesco y afinidad con las que del mismo autor conocemos: la misma desigualdad entre sus escenas, la misma falta de originalidad en el pensamiento, el mismo descuido en la versificación, los mismos rasgos felices en las descripciones, los mismos buenos toques esparcidos aquí y allí; pero que no se sostienen por el enlace escénico. Todo eso hemos hallado, y vamos á establecer los fundamentos de nuestra opinion.

El protagonista de *El Movimiento continuo* es un jóven que á fuerza de querer ser sucesivamente todo, á fuerza de querer seguir una tras otra todas las carreras y de abrazar todas las ocupaciones, concluye por no ser nada. Con título mas propio

desenvolvió este pensamiento mismo el Sr. Trueba en una comedia titulada *Todo y nada ó El Veleta*, escrita y estrenada en Cádiz hace no pocos años. La semejanza entre ambas obras es la muy bastante para hacer perder su originalidad á la del Sr. Escriche, el cual, sin embargo, es muy posible que no conozca siquiera á la del Sr. Trueba.

Pero sigamos la reseña.

El jóven en cuestion es una especie de órgano de iglesia descompuesto. Manosea la cadena del reloj de la persona con quien habla, le desabrocha el chaleco, le quita la corbata y le pellizca las orejas; pero sus movimientos son automáticos, porque una idea ardientemente lo preocupa, y esta idea lo llevaria á la casa de locos á no ser porque cambia á cada cinco minutos, siendo reemplazada por otra no menos intensa.

Su padre quiere casarlo con la hija única de un su estrecho amigo, caballero rico, y aunque él suele tener de vez en cuando accesos de marido, estos se le pasan con la misma facilidad que los otros; lo cual al cabo da al traste con la afición que la muchacha le demuestra, la que, en verdad sea dicho, no llegó nunca á los términos de un formal cariño.

Mientras este tal se enajenaba las simpatías de la niña, del padre y de la tia, otro mozo sagaz, amigo del anterior, iba conquistando para sí el terreno.

Este nuevo personaje principia por hacerse el hombre necesario, el *factotum* de la familia. Trae novelas á la vieja romántica, catalejos y cañas de pescar al padre, peces de colores á la niña; sus bolsillos son un almacén ambulante, y cuanto se desea en la casa surge de ellos en el acto mismo; no le arredran los primeros desdenes, no le entibian las primeras desconfianzas; su perseverancia va triunfando de todo, y al cabo conquista á la niña, ó mejor dicho, á su dote; porque es un hombre altamente positivo, es un tipo de la época, y perdonémos la época si le decimos la verdad.

Mientras tanto el otro, por un efecto de su atolondramiento, ha arrojado á la chimenea unos papeles que representaban valor de seis mil duros, única fortuna por lo visto de su padre. Entonces se hace soldado, y va á Africa en lugar de un jóven que era el único apoyo de sus ancianos padres; cas-

tigándose de este modo á sí propio por su impremeditación.

Es de creer que en Africa seguiria siendo lo que en España. La organizacion no cambia. El hombre malo puede hacerse bueno; pero el tonto no puede hacerse nunca discreto.

Hay en esta comedia una pintura de las circunstancias que acompañan al estreno de una produccion dramática, hecha con rasgos de tal verdad y tan superiormente tocada en todos sus pormenores, que no la desdefñaria por suya el mismo Scribe; pero, ¡qué lástima! poco despues vemos al mismo personaje subirse sobre una mesa para ensayarse en pescar con caña los peces de colores de una redoma. Parece imposible que estas dos escenas hayan salido de la misma mente y de la misma pluma. ¿Por qué escribió esto quien sabe escribir aquello?

La comedia, en general, vale por tanto harto mas que *El Rey de Bastos*; el Sr. Escriche parecenos que llegará á ser un buen autor si la esperiencia le hace comprender lo que puede hacer y lo que debe evitar.

El papel del protagonista estuvo bien desempeñado por el jóven actor Sr. Mario. Hay en él felices disposiciones para este género. Tenga presente, sin embargo, que la naturalidad, escuela muy de moda hoy, es una escuela frecuentemente falsa en el teatro. El arte imita á la naturaleza, pero no es la naturaleza misma: entonces ya no seria arte.

La Luna de hiel mas que comedia es una especie de lucha de fieras, una cosa á modo de pelea de perros. Allí todos ladran y casi muerden: lo peor es que todos tienen razon.

Un señor de edad se ha casado con una jóven. Hicieron ambos muy mal, y eso ya nos lo han dicho cien comedias, fuera de que la sociedad nos lo dice todos los dias.

Hay además otro grupo no menos encantador que este, otro matrimonio no menos edificante. Un jóven se ha casado con una vieja. Tambien muy mal hecho. Tambien hay cien comedias que nos lo dicen y que nos lo muestran.

La jóven es honrada, cosa posible; pero tiene otros gustos, anhela otros placeres; quiere dar bailes y no quiere el marido. Pelea número uno.

El jóven enamora á todas las muchachas que puede, cosa tambien posible y hasta probable: su mujer lo persigue y acosa con sus celos, por cierto muy fundados. Pelea número dos.

No pudiendo sufrirse se separan. El viejo echa de menos á su mujer, pero aunque ella no tiene por qué echar de menos á su marido, conoce que necesita, ya que no el cuerpo, la sombra; porque la posicion de una mujer honrada es muy crítica en tales lances. El jóven, que no tiene una peseta, pasa sus buenas hambres, y recuerda en ayunas los pavos trufados de la mesa de su mujer, mientras esta no come con gusto sus faisanes si de ellos no participa su hambriento ingrato.

En este estado la reconciliacion es una necesidad para todos. Abrázanse los matrimonios; pero en el acto vuelven á reñir. Otras personas intervienen para ponerlos en paz, y el autor, aprove-

chándose de esta breve tregua, hace caer el telon, temeroso de que vuelvan á embestirse de nuevo y con mas fuerza; porque no se le oculta que, dados aquellos personajes, la paz no puede durar mas tiempo que el indispensable para que el jóven marido llene su vacío estómago, y para que la jóven esposa se aburra de recoleta.

No sabemos por qué el autor hace que el viejo quiera ser diputado. Esto no lo haria mas jóven, y además, un marido de sus años casado con una muchacha, no debe prudentemente buscar otro distrito que el de su casa.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL ALBUM DE MR. C. HERMANN.

Al llegar este precioso libro á mis manos me ha ocurrido una idea tal vez demasiado atrevida: la de escamotear al rey de los escamoteadores algunos de los muchos elogios que los poetas y literatos de Madrid se han apresurado á tributarle, apresurándome yo tambien á dar conocimiento de mi hurto á las amables lectoras de *La Moda*.

¿Me perdonará Mr. Hermann esta libertad? Espero que sí, en gracia de la buena intencion que me anima. Y en cuanto á los autores de las delicadas inspiraciones escritas en el Album, séame permitido suponer que no habrán de ofenderse ni pedirme los derechos de propiedad literaria. Así, como así, hoy no falta quien se apropie lo ajeno sin pedir siquiera perdon, como yo lo acabo de hacer.

Hechas estas protestas y salvedades, voy, mis queridas lectoras, á dirigiros una pregunta. ¿Conoceis el nombre del célebre Mr. Hermann?

Segura estoy de que la fama os lo habrá hecho conocer; que habreis oido hablar muchas veces de sus portentosas habilidades, y que en mas de una ocasion habreis deseado verle llegar á la culta y hermosa ciudad de Cádiz.

Si esta presuncion mia no va enteramente descamada, creo que puedo daros una buena noticia. Mr. Hermann, que piensa emprender un viaje á Cuba, pasará antes por esa ciudad, donde tendreis ocasion de ver sus trabajos de admirable, de diabólica prestidigitacion.

Mr. Hermann no es uno de esos brujos vulgares que necesitan multitud de aparatos y objetos diversos para llevar á cabo sus suertes incomprendibles. Lo mismo podeis verle en el teatro que en vuestros salones; lo mismo de noche que en mitad del dia. En Madrid ha hecho suertes admirables en el regio alcázar y en los palacios mas aristocráticos, con gran complacencia de cuantos han tenido ocasion de verle. S. M. la Reina, con esa bondad que le es innata y que tanto la enaltece, se dignó llamarle por segunda vez, no satisfecha con haberle visto la primera, y le colmó de elogios y regalos.

Volviendo al *Album*, objeto principal de estas descuidadas líneas, debo decir que en mi concepto es una de las mas preciadas joyas que Mr. Hermann ha podido adquirir en España. Regalo hecho al artista por varios poetas y redactores de periódicos, contiene lindísimos dibujos y sobre todo un precioso ramillete de composiciones poéticas en las cuales se rinde á Hermann muchas y merecidas alabanzas.

Quisiera copiarlas todas, mas no siéndome posible porque este escrito se haria demasiado largo, diré que además de las que copio á continuacion, por ser las mas breves, las hay de los Sres. Selgas, Rivera, Cazorro, Rodriguez Correa, Ortiz de Pinedo y otros distinguidos literatos.

Ahora creo que mis lectoras verán con gusto las improvisaciones que reproduzco á continuacion y que son de los señores siguientes:

Del Sr. D. Manuel Fernandez y Gonzalez:

"Mis infortunios tiranos
me tienen en tal pobreza,
que te cambio la cabeza
cuando quieras, por tus manos."

Del Sr. D. Emilio Alvarez:

"Hermann, pues contigo van
encantos que admiré en tí,
y que al mundo asombrarán;
quita estos versos de aquí
sin que yo lo sienta, Hermann."

Del Sr. D. Manuel del Palacio:

"Allá en mi niñez querida
escuché viejas historias
de trastos y de demonios,
de apariciones y sombras.
Sueños de mi fantasía
yo me las fingí en mal hora,
pues ya con asombro he visto
que tú las realizas todas.
Por un diablo te tomara
si de tal fuera tus obras,
mas él desnuda á los pobres
y tú, Carlos, les das ropa.
Artista, sigue el camino
de tu fortuna y tu gloria;
que el que beneficios siembra
justo es que bienes recoja.
Y no olvides de aquí lejos
que con tu ausencia nos robas
un amigo cariñoso
que huyendo á tierras remotas,
nos deja un ¡ay! en los labios
y un recuerdo en la memoria."

Del Sr. D. Leandro Perez Cossio!!

"Pongo mi nombre encerrado
entre dos admiraciones;
con lo cual queda probado,
Hermann, que me han admirado
tus prestidigitaciones."

Del Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega:

"Será sin duda ninguna,
tu mejor escamoteo,
si estos versos que aquí escribo
haces que parezcan buenos."

Del Sr. D. Enrique Perez Escrich:

"Mi pregunta no te asombre:
¿eres un diablo, ó un hombre?"

Del Sr. D. Maximino Carrillo de Albornoz:

"Cuando atónitos miramos
tus diabólicos ardides
parece que á nuestra alma
"Quédate suspensa" dices.
Alma y razon te obedecen
y solo nos dejas libres
los ojos para mirarte,
las manos para aplaudirte."

Del Sr. D. Carlos Frontaura:

"Si pudiera yo aprender
tus maquiavélicas artes,
el primer ensayo mio
sería escamotearte;
pues en tanto que tú existas
presumo que no habrá nadie
que pueda ganar un cuarto
haciendo lo que tú haces."

Del Sr. D. Ricardo Puente y Braña:

"Culto rindo á una hermosa
de rubias trenzas
que suspiros del alma
me escamotea.
Y aunque es tan lista,
dice que tus diabluras
la dejan bizca."

Del Sr. D. Antonio Garcia Gutierrez:

"Es tanta la confusion
que tus manos me han causado,
que pienso que te has llevado
en ellas mi inspiracion.
Y juro, á fé de andaluz
y de buen cristiano, Hermann,

que solo en verlas, me dan ganas de hacerte la +."

De la que suscribe:

"Mas que tus artes y endiablada ciencia
Admiro tu excelente corazon;
Amparas la orfandad y la indigencia
Y en el cielo hallarás tu galardón."

Sin embargo de que ni sé ni acostumbro á hacer versos (gracias que pueda escribir algo en mala prosa despues de atender con preferencia á mis cuidados domésticos), he puesto los anteriores porque Hermann tiene para mí su mejor recomendacion en las muestras que suele dar por donde quiera que va de sus bellísimos sentimientos.

En todas las capitales y poblaciones de Europa que el célebre escamoteador ha visitado, dejó siempre recuerdos de su generosidad y filantropía. Es un brujo que se granjea las bendiciones de los pobres y la admiracion de los ricos, mereciendo que algun soberano haya colocado en su pecho esas honrosas distinciones que algunos suelen ganar con mucho menos mérito haciendo prestidigitaciones de muy diversa índole, por mas que no dejen de ser en extremo curiosas.

No bien llegó á Madrid, dió Hermann un beneficio á favor de los heridos de la campaña de Africa que produjo 9.500 rs. líquidos; luego dió otro con el mismo objeto, cuyo producto ascendió á 10.000 rs., y con destino al hospital de San Juan de Dios, á la asociacion general de Beneficencia que dirijen las señoras de la junta de honor y mérito establecida en esta corte, y á la casa de misericordia de la santa Infancia: dió otros tres beneficios que importaron 36.500 rs.

Se ve, pues, que Mr. Hermann ha entregado en esta corte para los pobres, los heridos y los enfermos la respetable suma de 56.000 rs. sin contar el regalo que hizo de unos magníficos tapices, cuya rifa, destinada tambien al socorro de los heridos del ejército, produjo algo mas de 7.000 duros.

Acciones de esta naturaleza no necesitan comentarios porque ellas mismas se elogian.

En Valencia y Barcelona, puntos en donde ha estado últimamente, ha hecho tambien cuantiosos donativos:

Al regresar á Madrid Mr. Hermann, viene dispuesto á sorprender nuevamente al público con sus diabólicas habilidades y quizás consolará una vez mas á los pobres con su generosidad. Ignoro en qué teatro dará unas pocas funciones de despedida antes de emprender la via de la Habana; pero antes ejecutará una nueva maravilla, cuyo pensamiento debe á la lectura de nuestro inmortal QUIJOTE. Titúlase *La cabeza del diablo*, y consiste esencialmente en la colocacion en medio del público y pendiente solo de un hilo, de una cabeza que contestará en todos los idiomas á cuanto los espectadores le pregunten, y adivinará los mas hondos secretos de los que le interroguen.

Diré para concluir que Mr. Hermann tiene una

bella y jóven compañera, de dulce y cariñoso trato la cual es hermana del distinguido escritor francés Mr. Luis Ernest, que ha seguido como corresponsal de la *Ilustracion francesa*, las operaciones de nuestro ejército expedicionario, consiguiendo por sus verídicos relatos el aprecio de los españoles, tantas veces calumniados por sus compatriotas, y la cruz que S. M. se ha dignado conferirle de la real y distinguida orden de Carlos III.

FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

FLOR DE LA SOLEDAD.

I.

Hay un pais hermoso por la soberbia vejétacion de sus valles ondulados por risueñas colinas, fantástico por la melancólica luz de sus lagos, sublime por el fragor eterno de sus cataratas, por la magnificencia salvaje y la majestad terrible de sus inmensas montañas. Todo es bello, grande, maravilloso en este pueblo virgen: la verdura de los prados, la nieve de las cumbres, los bramantes torrentes, el silencio de las selvas umbrías y el tinte sombrío que los bosques y las montañas esparcen sobre las aguas de los rios. Este pais no tiene mas recuerdos que sus monumentos de ayer: es la patria del héroe de Suiza, Guillermo Tell.

A media légua del lago de Lucerna, en cuyas orillas se profirió el solemne juramento de los treinta y tres de libertar la patria del yugo del imperio, se elevaba un castillo en cuyos salones nunca retumbó el estruendo del festín.

En este castillo vivía Coralía, bella como la luna y mas linda que violeta azul cuajada de lágrimas. En su frente, tan limpia y pura como la de un ángel, brillaba la blancura del lirio; en sus mejillas la suave tinta de la rosa entreabierta; en sus labios el color bermejo de la flor del granado; en su garganta, en sus hombros y en su seno, la suavidad de las plumas del cisne.

Los habitantes del canton la presentaban todos los domingos lindos canastillos de hermosas flores, con las que ella adornaba sus trenzas, su cintura y las orlas de su vestido.

Coralía no salía nunca del castillo: amaba mucho el silencio y el retiro del hogar. Pasaba el dia leyendo, bordando, tocando el arpa y dibujando.—Y he aquí por qué Coralía habia merecido el nombre de *Flor de la soledad*.

II.

Una noche Coralía estaba sentada junto al fuego de la chimenea, con la vista fija en los carbones vivamente encendidos que brillaban como

inmensos rubíes, y cuyo resplandor proyectaba en el tapiz sombras caprichosas, que la imaginación supersticiosa podía tomar por vaporosos fantasmas que se deslizaban á lo largo de las paredes.

¿Qué pensamientos cruzaban por la imaginación de Coralia? ¿Acariciaba acaso la imagen de un amante desconocido?...

Junto á ella estaba sentado su padre delante de una mesa cubierta de púrpura y alumbrada por candelabros de plata, donde había mandado servir la cena para gozar del amor de la lumbre.

Lóbrega estaba la noche: cárdeno y rápido brillaba el relámpago: los vientos de la tempestad azotaban las altivas frentes de las montañas, sacudiendo violentamente sus verdes cabelleras: el castillo parecía retremblar en sus bases.

De súbito, en medio de aquel horrísono concierto, oyóse un fuerte golpe dado en la puerta del castillo, que resonó en todos los salones.

—Habeis oído? exclamó Coralia despertando de su éxtasis.

—Será algun viajero extraviado á quien la tempestad ha sorprendido en estos contornos, contestó el castellano agitando la campanilla.

Franquead la entrada del castillo á ese caminante, añadió dirigiéndose al soldado que acababa de presentarse en el salon.

Coralia sintió una emoción desconocida. Su seno palpitó ligeramente.

A poco se presentó un gallardo trovador, cuyo trage estaba empapado de agua. Qué sonrisa tan dulce! Qué miradas tan suaves! Qué simpatía en la expresión del semblante! Qué hermosos los bucles de sus negros cabellos brillantes como el azabache que sombreaban su ancha frente llena de pensamientos!

El trovador llevaba en una mano una lira de marfil y en la otra un airoso sombrero, cuya pluma azul barria el suelo.

Las miradas del esbelto mancebo y las de la hermosa castellana, se encontraron y se contemplaron un momento en dulce éxtasis. Desde aquel instante ya se amaban. ¡Cuán cierto es que existen corazones tan exquisitamente sensibles, que basta una mirada, una sonrisa ó una palabra para encender en ellos la llama del amor!

El trovador apoyó su lira contra el mármol de una columna. Al hacer este movimiento las cuerdas del laúd tropezaron con la hebilla de su sombrero, y una vibración dulcísima se desprendió del elegante instrumento. Aquella vibración, que parecía un eco del cielo, era el primer suspiro de amor que se escapaba del corazón de los dos jóvenes.

El castellano escanció en una copa de oro el zumo purpúreo de la uva.

—Brindo por *Flor de la soledad*, dijo el trovador llevando á sus labios la copa de oro.

Y lanzó una mirada de amor á la hermosa Coralia.

El castellano se puso en pié reprimiendo un movimiento de disgusto, y condujo al recién llegado á un aposento inmediato, donde le fué servida la cena.

* * *

Al día siguiente, al sonreír el alba, el trovador partió del castillo.

Al partir había dicho al padre de Coralia:

—Gracias, señor; me habeis dispensado un asiento en vuestra mesa, un lecho en vuestra casa y abrigo dulce en vuestro hogar.

Coralia oculta tras la cortina de la ventana de su alcoba, siguió con la vista á su amante hasta que desapareció entre los árboles.

III.

En la noche de aquel día, *Flor de la soledad* asomada en el balcon de su alcoba, contemplaba el lindo panorama que se extendía á su vista. La noche estaba serena: la luna resplandecía en el espacio pálida y radiante: el lánguido murmullo del arroyo, las quejas de las brisas entre los álamos, la pureza oriental del cielo, tanta hermosura, tanta poesía, influían dulce y melancólicamente en la fantástica imaginación de Coralia, cuyo espíritu estaba absorto en deliciosa y contemplativa vaguedad.

En medio de aquel silencio oyóse una voz dulce, apasionada, rica de armonía y de emoción, que hizo palpar con violencia el corazón de Coralia. ¡Había tanta juventud, tanto amor, tanta melancolía en aquella serenata!

—Es él! murmuró la jóven profundamente conmovida. Oh! cuánto le amo!

A poco cesó la voz de cantar. Un ruido de pasos llamó la atención de la dama enamorada. Asustada, derramó sus miradas en torno suyo.—Era su padre.

—Coralia, exclamó el castellano con severidad. Esa voz no volverá á turbar ni el reposo de tu corazón, ni el silencio de este jardín. Es un aventurero sin pan, sin hogar, sin amigos, sin nombre.

Dijo y se retiró.

—Esas órdenes que has dictado, padre mio, llevan la muerte á mi corazón; murmuró la pobre jóven cayendo desmayada sobre un diván, pálida como las estrellas de la mañana, palpitante como la paloma que ve arrebatado su nido por los vientos de la tempestad.

* * *

—Estás triste, hija mia, la decía su padre dos días después. Las huellas de las lágrimas se distinguen en tus mejillas que han tomado el color de la rosa sin matiz. Yo conozco la causa de tu aflicción, y para curarte es preciso recurrir á la terapéutica moral. Debes distraerte, hija mia: abandonemos por tu bien esta vida de soledad y aislamiento. Tienes diez y siete años y ya es llegada la época de tu presentación en el gran mundo. Esta noche iremos al teatro.

Y cogiendo un periódico leyó:

«Esta noche aparecerá por primera vez en nuestro teatro el distinguido violinista Edmundo Sid-

ney. Aun no ha cumplido veinte y dos años, y ya ha recorrido de triunfo en triunfo, de ovación en ovación los primeros pueblos de la tierra. Esta noche enriquecerá este artista eminente su corona inmortal, con nuevas hojas de laurel, con nuevas bellotas de oro."

—Sí, sí, iremos al teatro, exclamó la bella Coralia arrastrada por secreto impulso, por una fuerza desconocida y misteriosa.

Al oír estas palabras la alegría irradió en el semblante del castellano.

—Oh, qué dócil eres, hija mía! dijo besando la frente de la joven.

IV.

Coralia se presentó en el teatro en el momento de alzarse el telón. Una numerosa y escogida concurrencia, entre los que figuraban músicos, poetas y viajeros distinguidos, llenaba el edificio. ¡Cuántos trajes de seda! ¡Cuántas perlas y diamantes! ¡Cuántas jóvenes hermosas! ¡Cuántos jóvenes gallardos! ¡Qué atmósfera tan encendida! ¡Qué ambiente tan perfumado! ¡Qué conjunto tan brillante, tan fascinador!

El escenario representaba un magnífico salón lujosamente decorado, cuyo techo imitaba el azul estrellado del firmamento, y entre cuyas columnas de orden dórico y corintio se distinguían á través de los cristales de las ventanas, las figuras de animales caprichosos que adornaban las fuentes, las estatuas de las formas mas voluptuosas y de la mas bella naturalidad, los espejos, los candelabros y los árboles y bancos de verdura de un jardín fantástico.

Un aplauso estrepitoso anunció la salida del violinista. Era un esbelto joven de veinte y dos años, elegante y de distinguidos modales. ¡Qué sonrisa tan dulce! ¡Qué miradas tan suaves! ¡Qué simpatía en la expresión del semblante! ¡Qué hermosos los bucles de sus negros cabellos, brillantes como el azabache, que sombreaban su ancha frente llena de pensamientos!

Coralia arrojó un débil grito; sus mejillas se tiñeron con el suave matiz del jazmín cuando es alumbrado por un rayo de la luna.

—¡Es el trovador que llamó á las puertas del castillo la noche de la tempestad! exclamó admirado el padre de Coralia.

Edmundo Sidney lanzó á su amante una mirada de amor y de entusiasmo, llena de ternura y elocuencia. Luego tomó el violín con elegancia y gallardía y empezó á tocar. A las primeras notas, un vaporoso murmullo de animación circuló por los ámbitos del teatro.

—Es un gran artista! exclamaron todos los concurrentes.

En efecto; era imposible oír aquel artista sin sentir un sentimiento dulce é indefinido, sin arrojar un grito de sorpresa. Era preciso oír á aquel mágico músico con religioso recogimiento, en medio de un silencio profundo y solemne. El violín en manos de Edmundo Sidney hacía vibrar las fibras

de la sensibilidad; hacía gustar al corazón emociones indescriptibles, emociones nuevas y desconocidas; y los mágicos torrentes que brotaban de su elocuente instrumento, conmovían el alma y acariciaban el oído mas dulcemente que las últimas modulaciones de la tarde en el verde penacho de las palmas de América, que los quejidos aéreos del viento de la mar en las fibras de los bellísimos pinos de Italia. Aquel torrente de armonías caía sobre todos los corazones en murmuradoras cascadas, en líquidos diamantes, en perlas de rocío.

Edmundo Sidney pasaba por transición insensible del llanto á la alegría, de la queja á la risa, de la dulzura á la energía. Su violín suspiraba como suspiraba la virgen enamorada que, en un jardín de rosas y á la claridad de la luna, gusta sabrosas pláticas con el querido de su corazón; murmuraba como susurran en el follaje de los naranjos y limoneros en flor las últimas ráfagas del viento de la tarde; se quejaba como se queja la joven desposada que llora sobre la tumba de su novio muerto al encender las antorchas del himeneo, al besar la guirnalda de azahares y el velo nupcial; cantaba como canta el sinsonte en los perfumados bosques de la joven Cuba, como canta el ruiseñor á la claridad de las estrellas entre los plátanos que sombrean los sepulcros de los cementerios turcos. ¡Qué sentimientos, qué naturalidad, qué estilo tan bello, tan puro, tan arrobador! El alma quedaba suspensa temiendo perder una sola nota de la *lliada* de la música que tocaba aquel nuevo Homero, cantos sublimes que competían con las armonías de la naturaleza, y que vibraban largo tiempo en el oído y en el corazón como un eco del cielo.

Algunas veces las notas de fuego que se desprendían de su arco que manejaba con la precisión de un severo y envidiable método, adquirían un matiz tan melancólico como el rumor lento é infinito que se extiende á lo largo de las costas en las tardes de la sombría época de la caída de las hojas, como las lágrimas y los últimos besos de dos amantes próximos á separarse, como el triste murmullo de las brisas vespertinas que se deslizan quejándose entre las hojas sonoras del lánguido sauce. Otras veces manejaba el arco con tal fuerza y vigor, que la concurrencia creía oír el rumor de los torrentes, el gemido del viento que silba entre los pinos y las ruinas de los castillos y el eco del trueno que se prolonga en las rocas y en los barrancos. El río de diamantes limpios y puros, el divino murmullo de notas aéreas y arrebatadoras que se desprendían del violín de Sidney, era unas veces alegre como el canto de la felicidad, como las risas argentinas de los niños que juegan en un jardín en la mañana de un día de fiesta; otras veces era triste como un himno de lágrimas, como los cantares del esclavo, como las quejas del desterrado, como las trovas de amor de los pastores y las zagalas, á la hora en que la primera estrella brilla temblorosa y con rosados fulgores en medio de la luz vaga é indefinible del crepúsculo vespertino: unas veces era alegre como el bullicioso clamor de las campanas que celebran el parto de María en la

Noche Buena, como las muchachas que riegan flores en las procesiones de las aldeas, como las jubilosas exclamaciones del que saluda los árboles de su patria tras largos años de ausencia; otras veces era triste como el llanto de una madre que coloca siempre vivas y rosas blancas en los cabellos de su hija muerta, como el último suspiro del soldado que muere en el campo de batalla pronunciando el dulce nombre de su novia; otras veces era vaporoso como el ensueño de un poeta, como la danza de las hadas entre las azucenas de un cenador encantado, como el trage de flotante gasa que visten dos niñas que van á la iglesia á oír misa, tiernamente cogidas de las manos como dos amores.

Inspiraba tan entusiasta admiración aquel artista, que los concurrentes arrebatados por la magia embelesadora de aquel violin, interrumpían al cantor para prodigarle espontáneos vítores y frenéticos aplausos, y para arrojar á sus pies ramos de flores, guantes perfumados, pañuelos finísimos y hojas de verde laurel.

—No, no es un aventurero, exclamaba el padre de Coralía aplaudiendo con fuerza: es un gran artista, un genio inspirado.

Edmundo Sidney, el ídolo de aquella espléndida ovación, en medio de una montaña de flores, no apartaba sus miradas apasionadas de Coralía, que estaba sumida en éxtasis celestial.

Al caer el telón el padre de Coralía salió precipitadamente del palco, volviendo de allí á poco acompañado de Edmundo Sidney.

—Quiero unir un corazón sensible á un genio inspirado; dijo uniendo las manos de Coralía y de Edmundo.

Y dirigiéndose á los que se hallaban en su palco, añadió:

Amigos; ya teneis un puesto señalado en el banquete de los desposorios de mi hija. Yo mismo os serviré mañana el pan y el vino del festin nupcial.

JULIO ROSAS.

LA HIJA DEL MAR,

cuento

POR DON E. LLOFRIU Y SAGRERA.

(CONTINUACION.)

—Ea.... señora Teresa, ¿cómo va de salud? dijeron algunas rodeándola; no pasan años para Vd....

—Hijas mías, vosotras no los sentís porque empezais á contarlos; pero sobre mí van cayendo, cayendo, y su peso me inclina hacia la tierra, que me llama para desprenderse del alma que ya no cabe en su prision estrecha. Estas palabras pronunció la anciana, mirando á su alrededor la vida, la juventud, las ilusiones.

Sonrió despues cariñosamente y continuó:

—Muy solícitas venís.... algo quereis: vamos, hablad....

—Queríamos, dijo la que mas atrevida parecia, que dejase Vd. venir á Rosa con nosotras.

—Sí, hijas, sí, que vaya, que se divierta; la pobrecilla siempre encerrada, no goza de los encantos de la vida.

—Yo.... si mi abuelita no viene, me es imposible. Yo no la abandono.... Pues no faltaba mas!

—Que venga tambien; replicó la misma que habia iniciado la proposición.

—Sí, sí, que venga, gritaron todas rebotando alegría y echando al aire sus ramilletes para cojerlos en el delantal.

—En casa de mi tía Matea que vive ahí cerca, añadió la que siempre tomaba la palabra representando los intereses de sus amigas, estará sentada á la puerta viéndonos bailar. No es verdad? Vaya si viene!

Tenemos baile en la plaza, y la música de Elche y el dulzainero y tamboril.... porque dicen que se ha pronunciado yo no sé qué ciudad, por yo no sé qué cosa.... Aquí no nos importa eso; nos dicen: á bailar, bailamos y nos divertimos. Ea muchachas, á la plaza.

—Sí, sí, gritaron todas con loco entusiasmo, á la plaza, á la plaza: y mientras caminaban iban cantando la siguiente canción, con ese acento particular del dialecto valenciano que no pueden los que no sean hijos del pais, imitar con facilidad:

El castillo de Alicante
es de peña y durará:
mas durará la palabra
que de mi pecho saldrá.

Rosa dió el brazo á su abuelita y marchaba muy contenta y orgullosa con servir de apoyo á la anciana.

Iba sencillamente vestida; con el cabello recogido atrás, segun la costumbre de aquellos pueblos; su peineta dorada, y una rosa blanca por único pendiente.

Conservaba con mucho cuidado el ramillete que antes tenia entre las manos.

Pues señor; aquella tarde hubo mucha risa y holgorio en aquel bendito pueblo: campanas al vuelo, música, disparos, confusion, gritos y alegría.

Ah!.... se me olvidaba lo mejor: el baile.

¡Qué caras tan alegres ostentaban los mozos del pueblo y de las cercanías ante aquel espectáculo encantador!....

Era la tardecita y los ecos de la música resonaban en las ondas que se deslizaban tranquilas, mientras el sol iba lentamente bajando como pesados de abandonar la alegría de aquellos lugares.

En cambio la luna brilló para que nada faltase. ¡Qué contentas iban las muchachas con sus parejas de baile!

Rosa no bailaba.

Frente á frente de ella habia un mancebo de gentil presencia, de rubios cabellos, blanco, pero con esa sombra que distingue á los nacidos en las

costas del Mediodía. Bajo la estrecha ala de un sombrerillo de paja, inclinado con descuido hacia la derecha, brillaban unos ojos azules siempre fijos en los de Rosa.

Una camiseta azul y pantalón blanco como la espuma del mar eran todo su atavío.

—No bailas, primo? dijo la misma joven á quien ya conocemos; te veo muy pensativo.... Vaya! vaya! he adivinado el misterio.

El interrogado no respondió.

Porque los que están en la situación en que él se hallaba, ni oyen, ni ven, ni entienden mas que aquello que abstrae su imaginación.

Concluyó la diversion y todos se fueron retirando.

Pero ocurrió una casualidad notable.

Al dirigirse á casa Rosita, prestando su apoyo á la señora Teresa, pasó un joven que nadie hubiera dicho sino que era el mismo que no oyó á su prima cuando le preguntaba, y se miraron.

Eso no es casualidad, porque casi siempre sucedía.

Pero á la Rosa se le cayó el ramillete sin pensarlo, y Lorenzo, también sin pensarlo quizá, lo recogió, lo llevó á los labios y se fué muy dichoso á sonar su venturosa casualidad.

V.

Desde aquella tarde Rosa se distraía con frecuencia y pasaba las horas muertas junto á la ventana, fijos los negros ojos en el mar.

¿Qué buscaban sus miradas allí?

¿Sería por evocar el recuerdo de lo que su padre adoptivo la contara acerca de lo que ya sabemos pasó en aquella noche tormentosa? ¿Creería ver en las juguetonas oleadas alguna memoria de su infancia, ó la presentaba en su extensa superficie la tumba de sus ilusiones?

Lo cierto es que en su impaciencia hubiera visto cualquiera que esperaba.

Y si no la hicieran traición los ojos, su semblante lo hubiese revelado al aparecer en el lejano horizonte una vela que flotaba entre la superficie azul, blanca como la nieve.

Aquel barquichuelo, cuando asomaba allá en donde parece que se unen las aguas con el cielo, hacia redoblar á Rosa la atención, y dejando el trabajo, sus miradas querían devorar el espacio que habia entre aquel punto blanquecino y el lugar en que ella se hallaba.

Segura estaba, si hubiese tenido algun primo que la llamase, de no obtener contestación.

Pues si viérais en la frágil barquilla á un joven pescador no perder de vista la ventana de las flores, no dejaríais de reconocer en él á Lorenzo.

A Lorenzo, que antes vivaracho y alegre se ha cambiado en pensativo y triste.

Sus compañeros le han respetado siempre por instinto, y á lo mas que se atreven es á preguntarse en voz baja:—¿Qué tendrá?...

Al cabo de algunos dias de observaciones, y cuan-

do volvían de la pesca, sorprendieron ciertas señales estando á bordo de la pescadora, entre Lorenzo y alguna otra persona del puerto.

Y era la alborada de un dia de primavera.

Diáfana y trasparente la bóveda del cielo, el mar tranquilo, la aurora con su blanca y misteriosa luz, con sus rojos colores asomando sobre las aguas; las brisas puras como la inocencia, aquí y allá mil plateados pececillos saltando juguetones como queriendo presenciar el ameno espectáculo de la naturaleza: todo era digno de ser admirado.

Los marineros de la pescadora estaban extasiados á pesar de la costumbre de verlo todos los dias, y como impulsados por secreto instinto, dejaron las redes para dilatar los corazones con la frescura del ambiente.

Quizá sin pensarlo estaban haciendo mucho bien. Lo probaré.

Los inocentes pececillos que venían á ser perseguidos en su propia casa, que ya tal vez gemían entre las redes, como incautos prisioneros que iban á ser apartados de su centro, gozaron entonces libertad, y pudieron disfrutar los encantos de la luz de la mañana.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Después de haber dominado Napoleon en cuasi toda la Europa, apenas tuvo tierra para su sepultura.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

